

14 PUNTOS CLAVES PARA CONOCER A SAN BENITO



En este libro, "14 Puntos Claves para Conocer a San Benito: Consejos para Hacer la Experiencia de Vida de la Regla de San Benito en tu Ambiente Familiar, Escolar y Laboral", nos sumergimos en la riqueza de esta antigua regla y exploramos cómo sus enseñanzas pueden aplicarse en nuestra vida diaria contemporánea.

14 PUNTOS CLAVES PARA CONOCER A SAN BENITO

Serie Puntos Claves

14 PUNTOS CLAVES PARA CONOCER A SAN BENITO

Consejos para hacer la experiencia de vida de la Regla de San Benito en tu ambiente familiar, educativo o laboral.

Serie Puntos Claves

Maynor Marino Mijangos

Udefe

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Los textos citados como Camino Benedictino corresponden al libro Camino Benedictino, saborear la bondad de Dios de Jean Marie Burucoa © de la edición española Verbo Divino, 1981.

© 2024, Serie Puntos Claves

© 2024, Maynor Marino Mijangos, Udefe

Ciudad de Guatemala, Guatemala

Escuela de formación católica Udefe

<https://www.udefe.com>

Primera edición julio de 2024

Diseño de portada e interior, 3MC. Edición y dirección editorial.

ISBN:

*Al Señor de Esquipulas,
a través de su imagen,
fui consagrado a Dios a los dos meses de edad.*

ÍNDICE

Introducción

I	Obediencia: Camino a la libertad	8
II	Silencio, El arte de escuchar con el corazón	12
III	Humildad: El camino a la grandeza interior	17
IV	Responsabilidad: Un camino hacia la madurez y la comunidad	22
V	Perdón: Un camino de sanación y paz	27
VI	Desprendimiento: Camino a la libertad y la solidaridad	31
VII	Paciencia: Camino hacia la Paz Interior	35
VIII	Autoridad: Un servicio de humildad y responsabilidad	39
IX	Belleza: Un poema de Dios en la vida cotidiana	44
X	Humanidad: Reflejo de la ternura divina	49
XI	Caridad: La meta suprema de la humildad	53
XII	Alegría: Un corazón abierto a la dulzura del amor divino	58
XIII	Oración: Encuentro transformador con la Divina Gracia	63
XIV	Muerte: Una reflexión sobre la vida y la eternidad	68

INTRODUCCIÓN

La Regla de San Benito, escrita hace mas de mil quinientos años, sigue siendo una fuente inagotable de sabiduría y orientación para aquellos que buscan una vida plena y significativa. En este libro, "14 Puntos Claves para conocer a San Benito: Consejos para hacer la experiencia de vida de la Regla de San Benito en tu ambiente familiar, educativo y laboral", nos sumergimos en la riqueza de esta antigua regla y exploramos cómo sus enseñanzas pueden aplicarse en nuestra vida moderna. En una mirada profunda, más allá del Ora et Labora.

Inspirándonos en el venerado texto "Camino Benedictino, saborear la bondad de Dios", hemos estructurado estos puntos para ofrecer una guía práctica y reflexiva, adaptada a las necesidades de la vida moderna. A través de estas páginas, descubrirás cómo los principios benedictinos pueden transformar tu hogar, tu escuela y tu lugar de trabajo, aportando paz, armonía y propósito a todas tus actividades.

Cada capítulo de este libro se centra en un punto clave de la enseñanza de San Benito, desde la humildad y la caridad hasta la paciencia y la alegría. Estas virtudes no son meros ideales abstractos, sino principios prácticos que pueden ser integrados en nuestra rutina diaria, mejorando nuestras relaciones y nuestro bienestar personal.

Consejos para compartir en familia, la Regla de San Benito nos invita a construir un hogar basado en el amor, el respeto y el servicio mutuo. Aprenderemos a cultivar una atmósfera de comprensión y apoyo, donde cada miembro de la familia se sienta valorado y amado. En el

ambiente de la escuela, tanto estudiantes como educadores encontrarán en la sabiduría benedictina una fuente de inspiración para crear un ambiente de aprendizaje colaborativo y enriquecedor, donde el crecimiento personal y académico vayan de la mano. Y en el trabajo, los principios de San Benito nos enseñan a trabajar con integridad y propósito, fomentando un entorno de respeto y cooperación que beneficie a todos.

A lo largo de este libro, exploraremos cómo la oración y la contemplación, tan centrales en la vida benedictina, pueden ser integradas en nuestra vida diaria, ayudándonos a mantenernos conectados con lo divino en medio de nuestras responsabilidades y desafíos cotidianos. Veremos cómo la práctica de la oración nos invita a entrar en un diálogo profundo con Dios, encontrando en Su presencia una fuente constante de guía y fortaleza.

Este viaje a través de los 14 puntos claves para conocer a San Benito no es solo una exploración intelectual, sino una invitación a vivir de manera más plena y consciente. Al adoptar estos principios en tu vida diaria, experimentarás una transformación que te acercará más a Dios y a los demás, creando una comunidad basada en el amor y la solidaridad.

Te invitamos a embarcarte en esta travesía con un corazón abierto y dispuesto, sabiendo que la sabiduría de San Benito, aunque antigua, es profundamente relevante para nuestro tiempo. Acompáñanos en este camino benedictino y descubre cómo estos 14 puntos claves pueden iluminar tu vida y la de aquellos que te rodean.

Maynor Marino Mijangos

I

OBEDIENCIA: CAMINO A LA LIBERTAD

Estamos todos anhelamos poder y libertad, y este deseo es especialmente fuerte en aquellos que, como los monjes, buscan una vida más profunda y significativa. Sin embargo, el verdadero poder y la auténtica libertad solo se encuentran en Dios. La sabiduría monástica de San Benito nos enseña que reconocer nuestra impotencia es el primer paso hacia el poder divino, pues es en nuestra debilidad donde Dios obra maravillas.

En la vida cotidiana, la obediencia puede parecer un desafío, ya que va en contra de nuestra tendencia natural a la autonomía y el control. Sin embargo, cuando entendemos que obedecer a Dios es permitirle actuar en nosotros, descubrimos que esta obediencia no nos limita, sino que nos libera. Es una invitación a dejar que Dios multiplique nuestros esfuerzos y transforme nuestras circunstancias, tal como Jesús multiplicó los panes y caminó sobre las aguas.

En la familia, implica escuchar y respetar a los demás, reconociendo que cada miembro tiene un papel y una voz importantes. En la escuela, significa ser diligente y respetar la autoridad de los profesores, comprendiendo que la disciplina es un camino hacia el crecimiento personal. En el trabajo, se traduce en cumplir con nuestras

responsabilidades y cooperar con nuestros colegas, confiando en que nuestras acciones, por pequeñas que sean, contribuyen al bien común.

La obediencia es también un acto de humildad, recordándonos que no somos el centro del universo. Al igual que Cristo se sometió a la voluntad del Padre hasta la muerte en la cruz, nosotros somos llamados a imitar esta entrega, encontrando grandeza en el servicio y poder en la humildad.

• • •

El poder de Dios es tal que sin él no se puede hacer nada. El monje lo sabe. Y la única forma de llegar al poder infinito es reconocer su propia impotencia. Sabe que debe conocer, reconocer sin cesar su impotencia para que haga en él, por él, grandes cosas, aquel que es poderoso.

El poder de Dios es tal que en él se puede hacer todo.

Este poder que multiplica los panes y camina sobre las aguas, que resucita a los muertos y cura a los enfermos, es el alimento del monje. Y este lo asimila. Por medio de una unión más íntima que cualquier unión humana, y también más real, más profunda, el monje se funde en aquel a quién ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.

Es preciso que el hombre, cuando se pone frente a Dios, no se imagine que él es un poder frente a un poder mayor y que su libertad es esa. Se habla a menudo de su diálogo con Dios, pero la única palabra que llega hasta Dios de parte del hombre es la palabra de Cristo. La única grandeza humana está en Cristo. Sin él, la impotencia del hombre es absoluta.

Así, toda pretensión del hombre de poseer un poder y una libertad propias, independientes de Dios, constituye un obstáculo, una resistencia a la invasión del poder y de la libertad que el amor del creador se propone derramar incesantemente sobre su criatura.

A menudo el hombre se encierra en sí mismo y se convierte en su propio esclavo y en el producto estéril de su nada, en lugar de abrirse -como hacen los santos, en la confesión y en la voluntad de su dependencia total de Dios— a compartir la infinita libertad e independencia divinas. El monje entiende el ardiente deseo de su Padre de los cielos: Hijo mío, sé libre, comparte mi poder.

La obediencia es el medio y la llave de ese compartir.

Coloca al monje en la verdad concreta de su sumisión y de su dependencia perfecta de Dios. Injerta al monje en Cristo, le hace auténtico sarmiento de la Viña. La vida del monje no puede dar sus frutos más que en ella, y cuanto mejor obedece, tanto más es instrumento fecundo del poder mismo de Dios.

Porque la gran luz que guía al monje es la obediencia del Hijo de Dios. El monje contempla la obra poderosa entre todas, la de la salvación, en la condición impotente entre todas, la de la Cruz. Descubre la grandeza en el abajamiento, la fecundidad en el sacrificio, la vida en la muerte, el poder en el extremo abandono. Descubre el principio de su propia vida en las paradojas de la Encarnación.

Así el monje saca su amor de la obediencia, porque su pasión es la libertad. Repite por su cuenta las palabras del Maestro: «El Padre me ama porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente» (Juan 10, 17-18). La obediencia es libertad.

Cada hombre elige su maestro. La obediencia es su condición. Y según sea el maestro elegido, el pecado o Cristo, la obediencia se convierte en esclavitud o liberación.

Pero, ¿acaso, el hombre no sufre violencia en su naturaleza como una parte irremediable del pecado? El Hijo de Dios no ha dejado nada sin remedio. Él tomó nuestra condición para cambiar su sentido. Se sometió a la consecuencia misma del pecado -el trabajo, el sufrimiento, la muerte- para convertirla, en él, en la gloria del Padre.

En Cristo toda la naturaleza se ha convertido, se ha liberado, ha sido glorificada. El secreto de esta vuelta al Padre es la Obediencia del Hijo. El compartir este secreto es la gracia de san Benito.

Camino Benedictino.

• • •

 *La obediencia no es una carga, sino una fuente de libertad. Nos invita a abrirnos al amor y al poder de Dios, permitiendo que nuestras vidas se llenen de su gracia y sabiduría. En nuestro día a día, obedecer es confiar en que, a través de nuestras acciones y decisiones, Dios está presente, guiándonos hacia una vida plena y fructífera.*

II

SILENCIO, EL ARTE DE ESCUCHAR CON EL CORAZÓN

En el bullicio de la vida, encontrar momentos de silencio puede parecer un desafío imposible. Sin embargo, la enseñanza de San Benito nos invita a redescubrir el verdadero sentido del silencio, no como una mera ausencia de palabras, sino como un espacio sagrado para escuchar con el corazón.

Cuando uno se adentra en el mundo del claustro, el silencio es una constante presencia, pero no se trata simplemente de callar. San Benito, con su sabiduría, nos sugiere algo más profundo: escuchar. Escuchar no solo con los oídos, sino con todo nuestro ser, abriendo nuestro corazón a la presencia de Dios que siempre está con nosotros.

En la familia, el silencio puede ser un momento de conexión profunda, donde las palabras no son necesarias para expresar el amor y la comprensión mutuos. En la escuela, puede ser un espacio de reflexión y aprendizaje, permitiendo a los estudiantes y maestros escuchar y comprender más allá de las palabras. En el trabajo, puede ser una herramienta poderosa para la concentración y la creatividad, creando un ambiente de respeto y cooperación.

El silencio de San Benito no es una soledad vacía, sino una compañía suprema. Es un diálogo interior donde la presencia de Dios se manifiesta de manera palpable. Este silencio nos invita a un coloquio con el Creador, un oasis donde nuestra alma se sacia con su amor.

Dios no es silencio; Él es la Palabra. Y nosotros, al hacer silencio, nos preparamos para recibir esta Palabra en toda su plenitud. Este verdadero silencio no es simplemente la ausencia de ruido, sino una escucha activa, un diálogo interior lleno de vida, amor y presencia divina.

El silencio auténtico tiene una dimensión corporal y espiritual. Es tangible y sensible, como un sacramento, pero su significado es profundamente espiritual. Es una prueba de que buscamos a Dios con todo nuestro ser, cuerpo y alma. Para algunos, el silencio se convierte en la expresión más pura de su vida espiritual, un testimonio vivo de su consagración a Dios.

Así, el silencio se convierte en un espacio donde Dios puede actuar plenamente, llenando nuestro vacío con su gracia. Nos ayuda a distinguir su voz entre las muchas voces que compiten por nuestra atención, purificando nuestra conciencia y fortaleciendo nuestra relación con Él.

En nuestro mundo lleno de distracciones, practicar el silencio puede ser un acto de valentía y fe. Nos permite escuchar la voz de Dios que supera todo conocimiento humano, abriendo nuestro corazón a las dimensiones infinitas de su amor.

• • •

«Escucha, oh hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón.»

Primeras palabras de la Regla de san Benito

Cuando uno se acerca al claustro, oye con frecuencia un mandato: ¡Silencio! Pero san Benito, a decir verdad, es más cortés: no manda sencillamente callarse, sino escuchar. Y en ello hay mucho más que una simple educación.

El padre de los monjes de occidente no es el legendario asceta del desierto. Su objetivo no es en absoluto el heroico silencio perfecto, sino el contacto con Dios que ya está presente, que ya se nos ha dado y que nos busca con su amor.

El desierto de san Benito no es una soledad, sino la suprema compañía; no es un mutismo, sino el coloquio primordial. El desierto es un oasis en el que el alma se sacia de la Presencia permanente.

Porque Dios no es silencio.

Y los hombres se hacen silencio precisamente porque él es la Palabra. El silencio absoluto no tiene otra justificación entre los hombres más que el diálogo con Dios.

Toda palabra, precisamente porque sale del silencio, exige silencio para ser recibida. Y cuanto más plena y rica es la palabra que se recibe, tanto más profundo debe ser el silencio. El monje se hace silencio para escuchar a Dios, y cuánto más silencio se hace, tanto más recibe a Dios. El monje se hace pura recepción, oído abierto al Verbo.

El verdadero silencio, pues, no es no hablar o hablar poco.

El silencio que se reduce a la ausencia de palabras está vacío del ser, vacío de amor, vacío de vida; en realidad lo más alejado del verdadero silencio. Hablar poco no es más que una disposición para conseguirlo. El verdadero silencio es una escucha. Es diálogo interior.

El Ser, la Vida, el Amor son su materia, su ropaje. El verdadero silencio es plenitud.

El verdadero silencio es encarnado. Aunque impalpable, es material. Es de orden físico, corporal, sensible, como un sacramento. Pero, también como éste, su significación es espiritual: el silencio lleva en sí el significado de una realidad profunda, escondida, que es la vida del alma en Dios. Es la prueba tangible de que vamos a Dios con el cuerpo y con el alma, con todo el ser.

Para algunos hombres el silencio es el signo de su vida real. El silencio habla: da testimonio de un estado, el estado privilegiado de los que consagran su vida exclusivamente al diálogo divino. El silencio es la expresión, expresión paradójica, violenta por su misma discreción. El verdadero silencio es silencio de consagración: es signo de muerte a sí mismo y al mundo por Dios.

El silencio es, como la muerte, un retiro, una pasividad. Pero allí donde el hombre se esfuma y parece no actuar ya, en el silencio como en la muerte, lo divino ocupa todo el lugar, presente y activo. El silencio produce un hambre, un vacío, una capacidad: agranda el corazón, lo estira, lo dilata para que sea invadido por la gracia divina. Hace, en el hombre y del hombre, el molde de Dios.

Todo hombre es el teatro de muchas voces, una escena de subastas, un concierto de discordancias. Es como un campo de feria, una encrucijada de solicitantes.

El novicio (o el que está haciendo un retiro), resueltamente hundido en el silencio, percibe pronto todas estas voces en su conciencia. Las detecta sin complacencia, y comienza el combate de toda la vida contra

ellas, a fin de liberar, desprender, purificar de entre todas estas voces la Voz única según su corazón, la voz de su Amigo.

Dios habla, pero su Palabra está por encima de nuestras palabras. Únicamente el silencio puede expresar lo que no pueden las palabras: «la anchura y la longitud, la altura y la profundidad... del Amor de Cristo que excede a todo conocimiento» (Efesios 3, 18-19).

La palabra de Dios está hecha para el oído del corazón.

Camino Benedictino.

• • •

 *Al integrar el silencio en nuestra vida, podemos encontrar una paz y una claridad que transformarán nuestras acciones y relaciones. Siguiendo la sabiduría de San Benito, aprendamos a hacer del silencio una parte esencial de nuestra jornada, un espacio donde podamos escuchar con el corazón y encontrar a Dios en medio de nuestras ocupaciones diarias.*

III

HUMILDAD: EL CAMINO A LA GRANDEZA INTERIOR

En nuestra sociedad, la búsqueda de grandeza y reconocimiento es una constante, pero San Benito nos ofrece una perspectiva diferente y más profunda. En su Regla, dedica una reflexión extensa y detallada a la virtud de la humildad, dividiéndola en doce etapas que representan un verdadero camino espiritual. Esta virtud, lejos de ser algo fácil y espontáneo, desafía nuestra naturaleza humana y nos invita a una transformación interior.

La humildad puede parecer una contradicción para la naturaleza humana, que tiende a centrarse en sí misma, valorando todo según su propia perspectiva. Sin embargo, San Benito nos enseña que la humildad no se trata de una simple actitud exterior, sino de una disposición profunda del corazón. Es un espíritu que debe irradiar desde nuestro interior, influenciando nuestras acciones y pensamientos de manera sutil pero poderosa.

En el contexto familiar, la humildad nos ayuda a reconocer y valorar las contribuciones de cada miembro, promoviendo un ambiente de respeto y amor mutuo. En el ámbito escolar, nos permite aprender de los demás y aceptar nuestras propias limitaciones, favoreciendo una actitud de colaboración y crecimiento continuo. En el entorno laboral, la humildad se manifiesta en la disposición a escuchar y trabajar en equipo, reconociendo que cada persona tiene algo valioso que aportar.

San Benito nos recuerda que la verdadera humildad implica una vigilancia constante del cuerpo y del alma. Esta vigilancia no es solo para mostrar humildad exterior, sino para cultivar una humildad interior que transforme nuestra manera de ser y de actuar. Esta virtud nos lleva a renunciar a nuestro juicio propio, reconociendo que nuestras percepciones son a menudo subjetivas y falibles.

La humildad también nos enseña a no juzgar a los demás, evitando comparaciones y críticas que nacen del orgullo. En lugar de buscar la superioridad, el humilde se sitúa delante de Dios, reconociendo su propia pequeñez y dependencia de la gracia divina. Esta actitud nos libera de la necesidad de aprobación externa, permitiéndonos encontrar nuestra verdadera identidad y valor en Dios.

Para los santos, la humildad es una forma de vida que les permite confiar plenamente en Dios y no en sus propios criterios. Reconocen sus propias limitaciones y debilidades, y se abren a la acción transformadora de la gracia divina. Así, la humildad se convierte en un camino de abnegación y de entrega, donde dejamos de aferrarnos a nosotros mismos y permitimos que Dios sea nuestra guía y fortaleza.

• • •

Esta escala de Jacob, así erigida, representa nuestra vida en el mundo, que a medida que el corazón se humilla, va elevando el Señor hasta el cielo.
(capítulo 7 de la Regla de San Benito)

Al hombre le gusta su grandeza.

San Benito, según el evangelio, no conoce más que una, la humildad, a la que consagra su más larga reflexión, analizándola en doce fases, porque esta virtud es todo lo contrario a un dato fácil y espontáneo.

El hombre tiene que escoger su grandeza.

La humildad es algo que violenta a la naturaleza humana. No se trata de que el hombre tenga siempre la preocupación de aparentar su grandeza, sino que su tendencia espontánea es estimar todo -o despreciarlo- con relación a él, según su propia manera de pensar y de ser.

A veces la humildad es forzada, y esto de manera espontánea, porque el hombre hace de ella una actitud, una manera de comportarse, en lugar de situarla en el único nivel profundo en que puede realizarse. La humildad es una actitud del corazón.

San Benito, sin embargo, no hace mucho caso de las actitudes exteriores. El pide comportamientos discretos, en la oscuridad, con una gravedad simple y modesta.

Sabe que una pedagogía de la humildad requiere el cuerpo, no solamente para que todo él irradie la humildad profunda, sino también porque una vigilancia constante del cuerpo repercute en la interioridad del hombre. La humildad es un «espíritu» (1 Pedro 3, 8).

Si el hombre juzga según su propio criterio es porque su fondo es orgulloso. ¿Por qué, pues, extrañarse de que san Benito pida hasta la abnegación del propio juicio?

Se estima excesiva esta exigencia como si el hombre dejara de ser hombre por renunciar a sí mismo hasta este punto. ¡Y no se admite el

renunciamiento práctico y exterior invocando la autonomía del juicio, su libertad inalienable!

Pero, además de que sabemos por experiencia que nuestro juicio es muy subjetivo, falible y versátil, la verdadera renuncia ¿se puede reducir a ser exterior?

¿No podemos caer en la tentación de embotar la exigencia por falta de humildad, y de alcanzar el camino de la abnegación evangélica con un esfuerzo mínimo?

Los santos no obran así. No encuentran en ellos mismos el criterio de la verdad, no se aferran a él. Sólo el Señor fía para ellos. Los santos desconfían de ellos mismos, conscientes de sus límites y de su debilidad.

Reconocen en sí mismos la tendencia humana a la estrechez de juicio, a la intolerancia respecto a los de-más, por ser diferentes o extraños. Confiesan esta forma de orgullo latente, habitual y casi inconsciente, de nuestra naturaleza. La humildad comienza allí mismo donde esta tendencia al orgullo pasa a ser consciente, antes de tomar sus otras formas.

La humildad prefiere ante todo no juzgar. No se complace en la comparación con los demás. Se sitúa delante de Dios y sólo de él toma su luz, su gracia: la humildad es reconocer pacíficamente que, por sí mismo, ni se puede hacer el bien ni se puede ser bueno.

El humilde, contemplando al santo, percibe cada vez más su diferencia con él. Acepta esta distancia para dejar que él se le acerque. Se complace en saberse pobre para que únicamente Dios sea su riqueza.

Cada vez se ve más miserable y más nada para dejarse llenar por el Ser y sumergirse en él.

La humildad se presenta ante el hombre como la única «manera de ser»: es el espíritu el que le hace ser él mismo, sin el cual su vida no es más que letra muerta.

Camino Benedictino.

• • •

” La humildad, según San Benito, es la única manera auténtica de ser. Nos invita a una vida de sencillez y de profunda conexión con Dios, donde encontramos nuestra verdadera grandeza no en el reconocimiento humano, sino en la paz y la plenitud que solo Él puede dar. Al aplicar esta virtud en nuestra vida, podemos transformar nuestras relaciones y nuestro entorno, viviendo con una autenticidad y una alegría que reflejan la presencia de Dios en nuestro corazón.

IV

RESPONSABILIDAD: UN CAMINO HACIA LA MADUREZ Y LA COMUNIDAD

Hoy, la noción de paternidad y autoridad enfrenta constantes desafíos, siendo a menudo acusada de paternalismo. Sin embargo, San Benito nos ofrece una perspectiva más profunda sobre la responsabilidad, una que va más allá de la mera autoridad y busca el verdadero crecimiento y la madurez de cada individuo.

San Benito nos recuerda que el verdadero propósito de la paternidad y la autoridad no es mantener a otros bajo tutela, sino guiarlos hacia una mayor conciencia y autonomía. Esta visión de la responsabilidad es especialmente relevante en nuestra vida diaria, en todos los ambientes de nuestra vida.

En el contexto familiar, la responsabilidad se manifiesta en el compromiso de los padres de formar a sus hijos, no solo en términos de obediencia, sino en la capacidad de tomar decisiones responsables y maduras. Esto implica una comunicación constante, el establecimiento de límites claros y el fomento de la independencia. Los padres deben estar dispuestos a responder no solo por sus propias acciones, sino también por las de sus hijos, guiándolos con amor y firmeza hacia la madurez.

En el ambiente escolar, tanto maestros como estudiantes tienen un papel crucial en la creación de un entorno de responsabilidad compartida. Los maestros deben inspirar a sus alumnos a ser responsables de su propio aprendizaje, mientras que los estudiantes deben asumir un papel activo en su educación, respetando las reglas y contribuyendo positivamente a la comunidad escolar.

En el entorno laboral, la responsabilidad se convierte en un pilar fundamental para el éxito y la armonía. Los líderes y supervisores deben fomentar un ambiente donde cada individuo se sienta valorado y responsable de su trabajo. Esto no solo mejora la productividad, sino que también fortalece el sentido de pertenencia y colaboración entre los compañeros de trabajo.

San Benito nos enseña que la responsabilidad auténtica requiere un respeto mutuo por las responsabilidades de los demás. Este respeto recíproco es esencial para la participación efectiva en cualquier grupo social. Cada uno debe reconocer y respetar las responsabilidades propias y las de los demás, contribuyendo así al bienestar común.

La verdadera responsabilidad no se trata de controlar o usurpar las tareas de otros, sino de asumir con integridad nuestras propias obligaciones. Esto implica un constante examen de conciencia para identificar nuestras faltas y corregir nuestras acciones. Solo a través de esta autocrítica y disposición para mejorar podemos crecer como individuos y como comunidad.

En última instancia, San Benito nos invita a seguir el ejemplo de Cristo, quien asumió la responsabilidad por todos los hombres sin apartarse jamás de su misión. Al igual que Cristo, estamos llamados a inspirar y

formar a otros para que sean responsables, participando así en la obra de amor del Padre.

• • •

El padre tendrá que responder de todas las almas, además de la suya propia (Capítulo 2)

Piense sin cesar en su grave responsabilidad (Capítulo 64)

El padre no debería ser definido como la autoridad que tiende a mantener en tutela a aquellos que le están sometidos por irresponsabilidad de menores. Por el contrario, toda la misión del padre es llevarlos a la madurez, a la responsabilidad más consciente, mas amplia y más autónoma posible.

Opuesta al paternalismo, la paternidad auténtica está orientada totalmente a la formación de seres responsables y a su desarrollo como tales. Ahí reside la responsabilidad esencial del padre y la de toda autoridad.

¿No se está buscando en la actual crisis de autoridad una justa apreciación de las responsabilidades respectivas de la autoridad misma y de los subordinados?... Pero en lugar de que cada parte no se interroga más que sobre sus propias responsabilidades, como solía hacer, en adelante se requiere que se interroga igualmente y en primer lugar sobre las responsabilidades de la otra parte.

Así hoy nos damos cuenta de que la primera responsabilidad de cada cual reside en este reconocimiento y este respeto de las responsabilidades propias del otro. De este respeto recíproco debe

depender la participación efectiva de todos en la obra común de cada grupo social.

El hombre busca la «participación» tanto en su grupo de trabajo como en todo lugar que le corresponda en la sociedad, pero esto no puede darse usurpando y confundiendo las responsabilidades de todos, sino ejerciendo cada uno su responsabilidad en buen orden y en su justo lugar.

Es verdad que todos son de una forma general responsables de todo en la obra común, pero esta responsabilidad global, lejos de excluir las responsabilidades particulares, pide, por el contrario, un riguroso respeto.

La dificultad de la vida del hombre será siempre asumir exactamente sus responsabilidades. En esto consiste finalmente el arte de ser adulto, el arte de ser hombre. Porque éste, o bien hace frente a una parte de sus responsabilidades menospreciando la otra parte, o bien se introduce indebidamente en las responsabilidades de los demás. Por defecto o por exceso, el hombre se conduce cada vez irresponsablemente.

Toda su tarea como hombre consiste en rehacer regularmente el inventario de sus faltas o de sus usurpaciones a fin de asumir cada vez mejor sus responsabilidades propias y enteras.

Tanto para la sociedad como para el hombre, los progresos más reales son los de la conciencia responsable, y los descubrimientos más nobles los de la responsabilidad. Por eso, mientras se manifiesten la injusticia y la brutalidad por una parte, y el egoísmo y la indiferencia por otro, la humanidad seguirá viviendo en una edad de conciencia muy primitiva.

La conciencia que piensa que no tiene que responder más que de ella misma, no es cristiana. ¡Como si Cristo no hubiera venido precisamente para responder de los demás! Todo hombre es responsable en Cristo de todos los hombres. Pero tiene que hacerlo a la manera de Cristo que no se apartó jamás de su misión propia y que, al colocar a cada hombre ante el amor del Padre, le da la posibilidad de responder con su propio amor.

El hombre tiene como misión, a ejemplo de Cristo y con su gracia, suscitar hombres responsables, hombres que participen de la responsabilidad del Padre en el Espíritu.

Camino Benedictino.

• • •

 *Estos principios llevados a la práctica en nuestra vida nos ayudan a crecer en madurez y sabiduría, pero también contribuimos a la construcción de una sociedad más justa y compasiva. La responsabilidad, entendida como un compromiso mutuo y una dedicación constante al bien común, es la clave para vivir plenamente nuestra vocación como seres humanos y cristianos.*

V

PERDÓN: UN CAMINO DE SANACIÓN Y PAZ

El perdón, como nos enseña San Benito, es una virtud esencial tanto en la vida monástica como en la vida cotidiana. El claustro no es un paraíso perfecto ni una jungla salvaje; es un reflejo de la condición humana, donde cada persona, ya sea monje o laico, enfrenta las mismas luchas y desafíos del corazón.

San Benito reconoce la fragilidad del corazón humano. Sabe que todos somos susceptibles a ser heridos por palabras duras, brusquedades o momentos de mal humor. En estos momentos, la tentación de devolver mal por mal es fuerte, pero es precisamente aquí donde el perdón se convierte en una herramienta poderosa para transformar nuestras relaciones y nuestro entorno.

En el ámbito familiar, el perdón es fundamental para mantener la armonía y el amor. Las fricciones y los malentendidos son inevitables, pero la disposición a perdonar y a no guardar rencor puede sanar heridas y fortalecer los lazos familiares. En el contexto escolar, estudiantes y maestros pueden crear un ambiente más comprensivo y colaborativo al practicar el perdón, promoviendo así un espacio seguro y respetuoso para el aprendizaje. En el entorno laboral, el perdón ayuda a construir un clima de respeto y cooperación, donde los errores se convierten en oportunidades para el crecimiento y no en fuentes de conflicto.

San Benito nos enseña que cada persona puede ser tanto verdugo como bienhechor, víctima o persona agradecida. Al enfrentar una contrariedad o una hostilidad, es injusto olvidar todos los beneficios que hemos recibido de nuestro prójimo. Es justo reconocer que muchas veces las heridas infligidas son más resultado de torpeza que de mala intención. También es justo ver las pruebas como oportunidades para aprender y crecer.

La verdadera justicia, según San Benito, es aceptar las injusticias con el mismo espíritu que Cristo, quien, siendo justo, sufrió todas las injusticias en nuestro lugar. Esta perspectiva nos invita a ver las injusticias no como castigos, sino como oportunidades para luchar contra el pecado y crecer en santidad.

El perdón nos coloca en la encrucijada de la santidad. Al ser ofendidos, podemos elegir entre el rencor amargo y el perdón amable. La gracia de aceptar todas las ofensas con el espíritu de Cristo nos lleva a la paz del corazón. Negarnos a perdonar es negarnos a recibir perdón y amor. Quien devuelve mal por mal se hace a sí mismo el mayor mal posible.

• • •

No devolver mal por mal (Capítulo 4)

San Benito, que conoce al hombre, sabe muy bien que el monje no es ni ángel ni bestia, sino como los demás.

Sabe que el corazón de todo hombre es fácilmente vulnerable y pusilánime, que su amor es susceptible y delicado, y que está a merced

de una palabra poco acertada del prójimo, de una brusquedad o de un mal humor pasajero.

Quien cierra entonces su corazón, se venga. No perdona. Devuelve mal por mal.

Cada hombre es para su hermano un verdugo, pero también su bienhechor, o una víctima, pero también su persona agradecida.

Somos injustos si, en el momento en que nos sucede una contrariedad, una molestia, o una hostilidad por parte de nuestro prójimo, rechazamos el recuerdo de todos sus beneficios. También es justicia darse cuenta de que la herida que se nos hace con frecuencia es más torpeza que malquerencia. Y es justicia también reconocer todo el bien que debemos sacar de cualquier prueba.

En la libertad de nuestro corazón, depende en definitiva de nosotros que el prójimo nos haya hecho realmente el bien o el mal.

El pecador, que se conoce a sí mismo, considera que la justicia para con él es sufrir toda injusticia de la misma forma que su Señor. E incluso mucho más, puesto que el Señor, siendo justo, sufrió toda injusticia en nuestro lugar.

En este sentido, la injusticia es la herencia natural y equitativa de todo pecador sobre esta tierra. O más bien, el pecador lúcido sabrá ver siempre en la injusticia sufrida, y más allá de ella, su valor más esencial y real de justicia profunda. Luchando contra el pecado que hay en él es como se asegura de que está combatiendo en su fuente y más que nadie todas las injusticias de este mundo.

La gracia insigne de quien no recibe nada como indebido e injusto, sino que acepta todo con Cristo como deuda y justicia, es la paz del corazón.

Las ofensas de los demás colocan a nuestra alma en la encrucijada principal de la santidad. El ofendido ve que delante de él se abren al mismo tiempo el camino humano del rencor amargo y el camino divino del perdón amable.

Camino Benedictino.

• • •



Practicar el perdón en nuestra vida, no solo nos libera del peso del rencor, sino que nos acerca más a la paz y la santidad. Siguiendo la enseñanza de San Benito, podemos transformar nuestras relaciones y nuestro entorno, creando comunidades más fuertes y amorosas.

VI

DESPRENDIMIENTO: CAMINO A LA LIBERTAD Y LA SOLIDARIDAD

El desprendimiento es un tema esencial en la vida monástica y en la vida de cualquier persona que aspire a una existencia más plena y solidaria. San Benito, en su Regla, nos invita a reflexionar sobre la propiedad y el apego a los bienes materiales, identificándolos como obstáculos para la verdadera unidad y fraternidad.

El deseo de poseer es natural y legítimo, y el evangelio no lo condena. Sin embargo, San Benito nos advierte sobre los peligros del apego excesivo a la propiedad. Este apego puede llevarnos al egoísmo, a la cerrazón ante los demás, y a la división de la comunidad. La propiedad puede convertirse en un veneno que destruye la unidad y la humanidad, generando pobreza y exclusión.

En nuestra vida, y en cualquiera de los ámbitos donde nos desenvolvemos, el espíritu de desprendimiento nos llama a compartir y a vivir en solidaridad con los demás. No se trata de renunciar a todos los bienes materiales, sino de evitar que estos dominen nuestra vida y nuestras relaciones. El verdadero desprendimiento nos libera y nos permite vivir en una auténtica comunidad, donde el bien común prevalece sobre el interés personal.

El mensaje de San Benito es particularmente relevante en nuestra sociedad contemporánea, donde el materialismo y el individualismo a

menudo predominan. Al practicar el desprendimiento, podemos construir una vida más justa y solidaria, donde todos tengan acceso a los bienes necesarios y nadie sea excluido.

• • •

El vicio de la propiedad debe ser extirpado del monasterio, desde su raíz
(Capítulo 33)

La propiedad es un deseo legítimo del hombre. Y el evangelio no dice lo contrario.

Pero lleva en sí misma un riesgo de apego exagerado, una tentación de repliegue sobre sí y de cerrazón ante el prójimo. Separando y dividiendo los bienes, la propiedad tiende a dividir a los hombres, a oponerlos.

San Benito no excluye la propiedad: el monasterio es propietario. Lo que destierra es el espíritu de propiedad, estigmatizándolo como «vicio», como veneno para la unidad.

El espíritu de propiedad destroza a nuestra humanidad, engendrando el pauperismo, la indigencia de un número mayor. El indigente es un rechazado, un olvidado, un despreciado de la sociedad. Esta le cierra la puerta, excluyéndolo del reparto, del goce de los bienes, de la propiedad.

Este ostracismo es el escándalo, es la injusticia de nuestro tiempo. Y el mundo lo ve, lo sabe, lo dice. ¡No importa! La propiedad se pega a la piel

y corroe el corazón: el desprendimiento parece imposible al hombre que vive en tal grado de apego.

San Benito, hablando del «vicio», profetizaba para nuestro tiempo. El monasterio tiene como misión llevar esta profecía en la historia, y cada vez más, sobre todo cuando el mundo la entiende cada vez menos. El Espíritu llama tanto más al desprendimiento cuánto la humanidad se mete cada vez más en la materia, los unos bajo la máscara de una «santa doctrina», los otros detrás del carro de la «ideología». Lo único que muestra el camino es el desprendimiento efectivo en el que se afirma la solidaridad, es el espíritu del que comparte los bienes y la vida.

Si la indigencia aliena al hombre, la propiedad hace otro tanto con él. Los bienes del hombre amenazan con dominarlo; el dueño de los bienes se convierte en el esclavo, el prisionero de su riqueza, el poseído por su posesión.

El espíritu de propiedad deshumaniza. Retrayéndose sobre las cosas, el corazón humano se deseca, se estrecha, se asfixia en una vida sin horizontes. Con sus bienes se edifica un caparazón que le aísla de los demás, volviéndole ciego a sus necesidades y sordo a sus llamadas. Ya no se vive más que para uno mismo, como si se tratara de un islote impenetrable.

La vida común excluye por principio este aislamiento enmurallado, ya que el instinto de propiedad que puede ejercerse sobre los bienes íntimos, reservados para sí, guardados con celo, puede ser muy tenaz y profundo. San Benito previene sobre estas apropiaciones irrisorias: sabe cómo el hombre dado a Dios puede volver atrás de alguna manera por culpa de un pequeño y sutil apego. Denuncia toda especie de

repliegue sobre sí, obstáculo para el corazón en su real desprendimiento.

La naturaleza desprende al hombre de sus bienes de una manera radical en un único momento: en la muerte.

Hasta entonces, nuestra naturaleza humana tiende a atraer a ella todo lo que puede, según los gustos diversos de cada uno, sus apetitos, sus centros de interés. Y los bienes inmateriales, como la reputación, la gloria, el buen concepto de sí mismo, no son los menos alienantes de los apegos.

El hombre experimentado debe confesarse incapaz de liberarse de sí mismo con sus solas fuerzas para entrar realmente en la fraternidad solidaria. Esta humilde desconfianza de sí es el fundamento del verdadero desprendimiento: el hombre reconoce a aquel que le libera, se vuelve hacia él, le pide por el bien de los demás, que es también el suyo antes que cualquier otro.

Camino Benedictino.

• • •



Al liberarnos del apego a la propiedad, nos abrimos a una vida más rica en relaciones y en servicio a los demás, siguiendo el ejemplo de San Benito y su sabiduría perenne.

VII

PACIENCIA: CAMINO HACIA LA PAZ INTERIOR

La paciencia, según San Benito, es una virtud esencial que reside en el corazón de la humildad. Nos invita a reflexionar sobre su importancia, no solo en el contexto monástico, sino también en nuestra vida cotidiana, ya sea en el hogar, la escuela o el trabajo.

La paciencia no es simplemente soportar pasivamente las dificultades. Al contrario, es una forma activa de actuar con profundidad, siguiendo el ejemplo de Jesús, quien obedeció hasta la muerte. Al practicar la paciencia, comenzamos a aceptar y prepararnos para nuestras pruebas, abrazando nuestras dificultades con una disposición firme y resuelta.

En la vida, la paciencia nos ayuda a construir una respuesta libre y consciente a los desafíos. Nos permite aceptar las pruebas con serenidad, transformándolas en oportunidades para crecer y madurar. En este sentido, la paciencia no es una huida hacia una falsa paz, sino un compromiso activo con la realidad, enfrentando tanto lo bueno como lo malo con una actitud de amor y comprensión.

La verdadera paciencia está impregnada de un deseo profundo de Dios. No se trata de indiferencia hacia lo humano, sino de alcanzar una sensibilidad serena que nos permita percibir y responder a las necesidades y sufrimientos de los demás. Nos invita a ver más allá de

nuestras propias dificultades, reconociendo que el amor de Dios está en juego en cada situación que enfrentamos.

San Benito también asocia la paciencia con el silencio, no solo de palabras, sino de corazón. Este silencio nos ayuda a mantener la calma y la paz interior, incluso en medio de pruebas y desafíos. A veces, hablar es necesario para mantener esta paz, enfrentando la incompreensión y el rechazo con coraje y serenidad.

• • •

Se abraza calladamente en su interior con la paciencia, y, soportándolo todo, no se canse ni desista (Capítulo 7, 4.º grado de humildad)

Porque la paciencia no es una pasividad, como su enunciado lo haría creer. Como la humildad, de la que es un aspecto, un componente, la paciencia no es un simple «sufrir», sino un «actuar» en profundidad.

Es la forma de actuar evangélicamente, siguiendo al Maestro, él que no ha hecho su propia voluntad (Juan 6,38), sino que se ha hecho obediente hasta la muerte (Filipenses 2, 8).

La paciencia es el aprendizaje de la muerte, su propedéutica. En ella el hombre comienza a aceptar su última prueba, y entra en ella resueltamente. Abrazando la paciencia, el hombre abraza ya su muerte.

La paciencia construye la muerte. El Señor ha construido la suya, no solamente el Viernes Santo, sino desde su primer día en Belén hasta el Gólgota. Aprendiendo la obediencia (Hebreos 5, 8), Jesús aprendía la paciencia, aprendía la muerte.

Obediencia, paciencia, humildad, muerte, son sinónimos espirituales que evocan la misma imagen, la del «cordero que se lleva al sacrificio» (Sal 44, 33). Pero esta imagen es ambigua, como lo es a menudo la letra. El espíritu está aquí en lo opuesto, como Jesús lo ha significado afirmando que su don es libre (Juan 10, 18). Y si nada ni nadie arrebatara su vida, nada ni nadie arrebatara la nuestra. Para nosotros también la paciencia es la respuesta libre aportada a la prueba. Es la adhesión que hace de toda prueba nuestra suscripción y de nuestra muerte adelantada nuestro compromiso, nuestro sacrificio, nuestro deseo.

La verdadera paciencia es un deseo de Dios. No porque conduzca a la indiferencia por todo lo humano, sino porque, al contrario, pretende alcanzar la serena sensibilidad de Dios en todo lo humano, lo mejor y lo peor.

La verdadera paciencia no es la huída en una falsa «paz de Dios», lo cual sería un egoísmo y un rechazo del amor. Esta percibe, a través del tiempo y del espacio, los signos del amor herido o del amor en búsqueda, los intereses de Dios que le interpelan y le comprometen: encuentra que el amor de Dios está en causa antes que cualquier otro, y que el Reino está en cuestión.

Sin la impaciencia del Reino, la paciencia no es cristiana: se reduce a ser higiene o dominio psicológico, una atención mayor hacia sí mismo que hacia el «Paciente», en el cual vivimos. Sin la referencia de nuestra paciencia a la suya, sin la memoria y la comunión en su sacrificio, podremos ser virtuosos del «autocontrol», estoicos de calidad, pero no pacientes evangélicos. La verdadera paciencia no puede ser jamás una obra activamente nuestra, sino que tiene que llegar a ser la obra del Señor en nosotros.

San Benito añade el silencio a la paciencia, pero a nivel de la conciencia más que de la palabra: es el discípulo que, bajo la prueba, no dice ni una palabra y que no solamente guarda su lengua, sino también su corazón.

Por eso el discípulo a veces debe hablar para guardar su corazón y no «batirse en retirada». La paciencia entonces se convierte en coraje, como en el Señor: corre el riesgo de la incomprensión, del rechazo, quizá del desprecio, pero los acepta por adelantado en la paz.

La paz de Dios nos tiende los brazos. Quién abraza la paciencia, abraza ya esta paz. La paciencia participa de la paz de Dios y la anticipa.

Camino Benedictino.

• • •



La paciencia, como nos enseña San Benito, no es solo una virtud para los monjes, sino una guía práctica para todos nosotros. Nos llama a vivir de manera más humana y fraterna, anticipando la paz de Dios en nuestras vidas. Al abrazar la paciencia, nos preparamos para enfrentar nuestras pruebas con coraje y serenidad, construyendo una vida de verdadera paz y amor.

VIII

AUTORIDAD: UN SERVICIO DE HUMILDAD Y RESPONSABILIDAD

La autoridad, cuando se ejerce con humildad y responsabilidad, puede transformar nuestras vidas y comunidades de manera profunda y positiva. San Benito, en su Regla, nos recuerda constantemente la importancia del nombre de "padre" que se le da al líder, no como una pretensión personal, sino como una responsabilidad sagrada.

El Evangelio nos advierte sobre la tentación de buscar títulos y honores como "padre", "maestro" o "doctor". Jesús mismo puso en guardia contra la sed de autoridad y el deseo de superioridad, oponiendo su propio espíritu de humildad y servicio a cualquier forma de engrandecimiento personal.

La paternidad y la autoridad, según San Benito, no deben ser utilizadas para imponer control o buscar beneficio personal. En lugar de eso, deben ser entendidas como un llamado a servir a los demás, reflejando el amor y la generosidad de Dios. Esta perspectiva es crucial en todos los aspectos de nuestra vida diaria, ya sea en la familia, en la escuela o en el trabajo.

En el ámbito familiar, los padres son llamados a guiar a sus hijos con amor y paciencia, evitando cualquier forma de autoritarismo que pueda alienar o desalentar. La verdadera paternidad se manifiesta en la

atención y el cuidado, fomentando un ambiente donde cada miembro de la familia se sienta valorado y amado.

En la escuela, tanto los maestros como los estudiantes pueden beneficiarse de una comprensión de la autoridad basada en el servicio y el respeto mutuo. Los maestros, como figuras de autoridad, deben inspirar y guiar a sus estudiantes, no a través del control, sino a través del ejemplo y el apoyo constante.

En el entorno laboral, los líderes y supervisores tienen la oportunidad de ejercer su autoridad de manera que promueva la colaboración y el crecimiento de todos los miembros del equipo. Una autoridad bien entendida y aplicada puede fomentar un ambiente de trabajo positivo y productivo, donde cada persona se sienta respetada y motivada a dar lo mejor de sí misma.

San Benito nos invita a reflexionar sobre nuestra propia tendencia a buscar autoridad y control. Nos llama a ver la autoridad como un medio para servir y no para ser servidos. Esta perspectiva nos ayuda a construir relaciones más justas y equitativas, basadas en el respeto y la comprensión mutuos.

La verdadera autoridad, según el Evangelio, es la que se ejerce en nombre de Dios, reconociendo que solo Él es el Padre verdadero. Al seguir este camino, podemos convertirnos en instrumentos de su amor y su paternidad, contribuyendo al bienestar y crecimiento de nuestra comunidad.

San Pablo, quien también se llamó a sí mismo padre, entendió esta autoridad como una participación en la paternidad divina. Así, la

autoridad se convierte en una oportunidad para engendrar hijos de Dios, guiándolos hacia una vida plena en Cristo.

• • •

El padre debe recordar sin cesar el nombre que se le da, (Capítulo 2 y 63) sin hacer de ello una pretensión personal (Capítulo 63)

El evangelio contesta la apelación de «padre» (Mateo 23, 8-10). El Señor pone en guardia formalmente contra la pretensión a tales títulos de maestro, doctor o padre.

Conoce la propensión del hombre a la autoridad, y desconfía de ella.

El mismo, al instituir autoridades, ha aceptado el riesgo de animar y de satisfacer una inclinación fundamental del hombre, la de creerse superior. Pero el Señor previene a menudo este riesgo: estigmatiza la sed de autoridad (Marcos 10, 42-45), el gusto por las superioridades (Lucas 22, 24), el apego a los honores (Mateo 23, 5-7).

A todo espíritu de engrandecimiento Jesús opone su propio espíritu que es el de abajamiento (Mateo 20, 28).

Uno se extraña al principio de que el hermoso nombre de padre sea sospechoso para el Señor de la misma forma que los otros. ¿No implica la paternidad una atención, una benevolencia, un afecto que garantizan su respeto a los demás y su generosidad en la entrega?

Precisamente el abuso de la paternidad puede resultar del lazo estrecho que establece, de la sumisión que insta en el afecto, de la adhesión íntima de la que se aprovecha.

Por eso el Señor no se contenta, a este respecto, con poner en guardia solamente a la autoridad. Previene también a los subordinados: les manda claramente no colocarse nunca jamás bajo otra paternidad que la de Dios mismo (Mateo 23, 9).

El Señor manifiesta la voluntad divina de ver a todo hombre sustraerse a toda alienación, fuere la que fuere, y sobre todo la que puede engendrar insensiblemente la relación más estrecha con la autoridad, que es la paternidad.

En el mandato del Señor a los subordinados, todo padre se ve interpelado a sí mismo y puesto en guardia directamente. El evangelio le advierte que desconfíe de sí para no ser alienante. Le invita a controlarse fielmente en el riesgo que comporta su paternidad. Le pide que tome conciencia de que lleva en sí, provocando a su autoridad, unos gérmenes de desviación, de ambigüedad, de deterioro.

El padre evangélico no disimula todos estos gérmenes. Procura no buscar su provecho personal en una autoridad que está asentada y fundada únicamente en Dios. No persigue directamente el ganarse la confianza de los demás. Rechaza el mantener su crédito con la seducción o la fascinación de su personalidad. Renuncia a preocuparse del prestigio de la reputación, de la veneración.

Comprende que no es él quien debe ver en sí mismo a Cristo, sino que son los demás quienes deben escuchar a Cristo a través de él (Lucas 10, 16). Sabe que también ocupa el lugar de Cristo aquel que debe

obedecer, y que él tiene la obligación de ver a Cristo en él. Intercambia entonces con su subordinado una mirada de fe, un diálogo de servicio recíproco en el que cada cual encuentra y sirve a Cristo en el otro y ocupa el lugar del Señor por medio de él.

San Pablo no duda en llamarse padre (1 Corintios 4, 15). Y después de él toda la tradición, tanto jerárquica como monástica, ha consagrado esa apelación, en nombre mismo del evangelio.

El padre definido por Pablo «engendra en Cristo por el evangelio». Suscitando hijos de Dios, participa en su paternidad. Es un instrumento directo en el engendramiento espiritual o sobrenatural de los hombres. Toda su autoridad queda situada así en referencia a la paternidad divina.

Para el Señor, únicamente es padre aquel que sabe que no lo es, ya que padre sólo es Dios; aquel que sabe que él es llamado padre solamente en nombre del único Padre (Efesios 3, 15).

Camino Benedictino.

• • •



Podemos ejercer la autoridad de manera que refleje el amor y la humildad de Dios. Esto no solo transforma nuestras relaciones, sino que también nos acerca más a vivir la verdadera vocación cristiana de servir a los demás con generosidad y amor.

IX

BELLEZA: UN POEMA DE DIOS EN LA VIDA COTIDIANA

La belleza es una dimensión esencial de la vida, especialmente para el contemplativo que ve la vida como un poema que Dios escribe cada día. Esta perspectiva nos invita a reconocer y celebrar la belleza en todas las áreas de nuestra vida cotidiana: en la familia, en la escuela y en el trabajo.

Para aquellos que buscan una vida más profunda y significativa, la belleza no es solo una cuestión de estética, sino una expresión de la armonía y la gracia de Dios en todas las cosas. San Benito, en su Regla, nos llama a vivir de tal manera que nuestra mente y nuestro corazón estén en armonía con nuestras palabras y acciones, creando una sinfonía de vida que glorifica a Dios.

En el contexto familiar, encontrar y celebrar la belleza puede transformar nuestras relaciones y nuestro hogar. Esto significa apreciar los pequeños momentos de amor y alegría, reconocer la gracia en los actos cotidianos y cultivar un ambiente donde la bondad y la belleza puedan florecer. La vida familiar, vista como una liturgia diaria, se convierte en una celebración constante de la presencia de Dios en medio de nosotros.

En el ámbito escolar, tanto maestros como estudiantes pueden beneficiarse al integrar la belleza en su rutina diaria. Esto no solo

implica un entorno físico agradable, sino también una actitud de respeto, creatividad y aprecio por el aprendizaje. La belleza en la educación fomenta un espíritu de curiosidad y amor por el conocimiento, inspirando a todos a alcanzar su máximo potencial.

En el entorno laboral, la belleza puede ser una fuerza motivadora y unificadora. Al reconocer y valorar la contribución única de cada persona, podemos crear un ambiente de trabajo que no solo sea eficiente, sino también gratificante y enriquecedor. La belleza en el trabajo se manifiesta en la colaboración armoniosa, la integridad y el compromiso con la excelencia.

San Benito nos enseña que la verdadera belleza no reside simplemente en los elementos exteriores como la música o los ornamentos, sino en la unión interior de los corazones con Dios. Los signos externos de belleza son medios para despertar en nosotros los sentidos interiores que nos llevan a la fe, la esperanza y el amor. Así, la belleza de la vida se convierte en una construcción espiritual, donde cada acción y cada relación contribuyen a la edificación del cuerpo de Cristo.

En la liturgia, como en la vida, no somos meros espectadores, sino participantes activos. Cristo es el actor principal, pero su obra se realiza en y a través de nosotros. Esta colaboración divina nos invita a ver cada momento de nuestra vida como una oportunidad para permitir que Cristo actúe en nosotros, edificando su Iglesia y transformando el mundo con su belleza.

• • •

Estemos en la salmodia de tal modo que nuestra mente concuerde con nuestros labios (Capítulo 19)

Para el contemplativo la vida es bella.

Es toda una sinfonía, armonizada en Cristo por el Espíritu. Toda ella es como una liturgia, una celebración.

Al alma contemplativa le gusta cantar a la vida, porque la belleza requiere el canto. La liturgia de la vida necesita nuestra liturgia con su belleza.

Una «liturgia hermosa» no es el desarrollo impecable y grandioso de un rito. Es más bien como un encadenamiento, sobre Dios, del alma colectiva de los participantes, en favor de todos los signos unificantes que se suceden y se combinan en este fin interior e invisible único.

Local y ornamentos, música y movimientos pueden ser bellos, pero siempre son medios. Su fin no es impresionar a los sentidos, sino llegar, más allá del ojo y del oído, a los sentidos interiores que ponen en movimiento la fe, la esperanza y el amor.

Los signos son como los cohetes que tienen como fin colocar al alma en órbita. Su poder de expresión, es decir, su belleza sensible, está ordenada a otra belleza, totalmente interior: la unión de los corazones en la unión con Dios por medio de Cristo.

La liturgia, lo mismo que la obra de arte, requiere los sentidos para mover e incluso conmover en el hombre las facultades profundas por una auténtica participación. Como el arte, la liturgia habla al hombre sensiblemente a fin de posesionarse de él interiormente.

Pero entre el participante en la liturgia y el participante en la belleza del arte hay toda la diferencia del actor y del espectador, del artista y del admirador. No se va del mismo modo a un rito que a un recital o a una exposición, porque la iglesia no es ni museo ni sala de espectáculos.

Toda la iglesia, y no solamente el santuario, es el lugar de la acción. Si el altar es el centro de la acción, ésta no se circunscribe solamente a él. Los que están más próximos al altar, o los que están delante de él para la palabra o para la acción no son los únicos actores. La acción final es la comida a la que todos están igualmente invitados, cada cual en su sitio, sin que se reserve a alguien una parte mejor que a los demás. El fin de la liturgia -y toda su belleza- es que Cristo sea recibido por cada uno a fin de penetrar y encontrarse realmente presente allí donde él desea ir y morar. Así el alma de todos forma una única cosa en él.

Nuestras liturgias no tienen más que un actor, Cristo. Pero su acción es también la nuestra. Cristo quiere tener necesidad de nosotros para realizar su obra.

La acción que nos corresponde a nosotros es permitirle actuar por nosotros y en nosotros.

La acción de Cristo es la edificación de su Iglesia, de la que él mismo es el cimiento, arquitecto, obrero y el edificio mismo con todos nosotros, en el Espíritu. Cada liturgia continúa esta edificación, y toda nuestra vida consiste en realizarla.

La belleza de la vida es esta construcción. Es a ella a la que cantamos, ella la que contemplamos, ella la belleza que desea el rey (Salmo 44, 12), y que la reina recibe de él, «el más bello de los hijos de los

hombres» (Salmo 44, 3). La vida es bella en la Iglesia, contemplada como cuerpo de Cristo.

Camino Benedictino.

• • •

 *La belleza, vista como un reflejo de la gracia de Dios, nos llama a vivir en armonía y servicio, creando una comunidad donde el amor y la bondad prevalezcan. Siguiendo la sabiduría de San Benito, podemos transformar nuestros ambientes familiares, escolares y laborales en lugares donde la belleza de la vida se celebre y se contemple diariamente.*

X

HUMANIDAD: REFLEJO DE LA TERNURA DIVINA

La humanidad, entendida como una expresión de ternura y bondad, es una virtud esencial que San Benito destaca en su Regla. Nos invita a vivir con moderación y a mostrar una hospitalidad plena de humanidad, reconociendo y valorando la dignidad y la fragilidad de cada persona.

Dios, al hacerse hombre, reveló una humanidad que va más allá de nuestra comprensión. Esta encarnación divina nos muestra la ternura eterna del Creador y su deseo de manifestar esta ternura a través de nosotros. Nuestra vocación como seres humanos es encarnar esta misma humanidad en nuestras vidas.

En la familia, la humanidad se manifiesta en la forma en que tratamos a nuestros seres queridos, especialmente en momentos de debilidad o dificultad. La bondad abierta y comprensiva crea un ambiente donde cada miembro de la familia se siente valorado y aceptado sin reservas. Practicar la humanidad en casa significa ser pacientes, comprensivos y solidarios, creando un hogar donde todos puedan florecer.

En la escuela, tanto maestros como estudiantes pueden beneficiarse de una actitud de humanidad. Los maestros que muestran comprensión y bondad hacia sus alumnos fomentan un ambiente de aprendizaje donde cada estudiante se siente respetado y apoyado. Los estudiantes, a su vez, pueden aprender a valorar las diferencias y a ser solidarios con sus

compañeros, construyendo una comunidad escolar basada en la cooperación y el respeto mutuo.

En el trabajo, la humanidad se refleja en la forma en que tratamos a nuestros colegas y subordinados. La moderación y la discreción en nuestras interacciones ayudan a crear un ambiente de trabajo positivo y colaborativo. Reconocer las debilidades y fortalezas de los demás y apoyarnos mutuamente fortalece la unidad y la solidaridad en el equipo, haciendo del lugar de trabajo un espacio de crecimiento y bienestar para todos.

San Benito nos recuerda que la verdadera humanidad no se inspira en nuestras propias fuerzas, sino en la mirada de Dios. Esta mirada divina nos invita a ser delicados y misericordiosos, a ver a los demás con compasión y a actuar con bondad. La humanidad del corazón, alimentada por la gracia divina, nos permite construir relaciones sinceras y auténticas, donde la fraternidad y la solidaridad sean la base de nuestra fuerza.

• • •

Hágase todo con moderación a causa de los débiles (Capítulo 48)

Se manifestará al huésped toda la humanidad posible (Capítulo 53)

Dios, además de hombre, se ha hecho «humano».

O más bien, porque era más «humano» que el hombre, antes de hacerse hombre, la encarnación es primeramente el desvelamiento de esta «humanidad» del Creador, de su ternura eterna.

El proyecto creador es manifestar esta ternura divina por y en el universo, y sobre todo por el hombre. Nuestra vocación de hombre es ser «humano».

Esta humanidad es una constante en san Benito, quizá su nota principal, la característica de su sabiduría, su carisma.

Sinónimo de bondad, la humanidad del corazón la necesita, sugiere sus armónicos. Nos dice algo más que la bondad, a menudo escondida, disimulada por la estrechez, la timidez o la torpeza. Evoca la bondad abierta, amplia, comprensiva y flexible, en la que uno se siente reconocido, respetado en profundidad, aceptado sin reticencia.

La humanidad es la irradiación de la bondad. Hace que las relaciones sean francas y sinceras. No se oculta la cara temerosamente ante los límites y las diferencias que existen en el intercambio, sino que lo cultiva sabiendo que siempre es mejorable por la acción de la gracia de la fraternidad.

La humanidad del corazón es delicada con los débiles. Es solicitud, discreción, medida, Pero ¿quién no es débil entre los hombres? ¿Quién es lodo fuerza sin ninguna debilidad?...

La confesión de la debilidad es el cimiento de la unidad. El compartirla une a los hermanos en la verdad.

Quien se cree fuerte destroza la unidad: quiere distinguirse, separarse en su suficiencia. Se excluye de la comunión, que es la única que hace la fuerza.

La fuerza se encuentra únicamente en la solidaridad franca y abierta, y ésta construye la fraternidad. Ella misma llega a ser toda la fuerza, la

que lleva a uno mismo y la que lleva a los demás, arrastrándose mutuamente. La fraternidad es el sacramento de la humanidad divina, y en él la experimentamos recibéndola de los demás y dándosela, porque si la recibimos es para darla. Quien retiene para sí el don es porque no lo ha recibido verdaderamente: la humanidad de Dios quiere animar a la nuestra.

A la gente le gusta decir que lo que se espera de los discípulos del evangelio es que sean sobre todo humanos. Pero esta demanda es ambigua, como si el hombre debiera ser él mismo su propia fuente de inspiración y «las maneras del mundo» su modelo.

San Benito tiene una opinión distinta (capítulo 4). La humanidad del corazón no procede de fuente humana. Se inspira en la mirada de Dios, da el testimonio de su delicadeza y bebe de su misericordia ilimitada.

Esta mirada de Dios es la que hace que el hombre sea él mismo, y la que puede hacerle «humano», el más humano de los hombres.

Camino Benedictino.

• • •

 Vivir con humanidad es un llamado a reflejar la ternura y la misericordia de Dios en nuestras vidas diarias. Al aplicar estos principios en nuestros ambientes familiares, escolares y laborales, podemos transformar nuestras relaciones y comunidades, creando espacios donde la bondad y la comprensión prevalezcan. Siguiendo la sabiduría de San Benito, podemos vivir de manera más plena y solidaria, siendo verdaderos testimonios de la humanidad divina en el mundo.

XI

CARIDAD: LA META SUPREMA DE LA HUMILDAD

San Benito nos enseña que la humildad no es un fin en sí misma, sino un medio para alcanzar la caridad de Dios. La humildad y la caridad son los dos pilares fundamentales de la fe: la humildad es la raíz que sostiene y nutre la fe, mientras que la caridad es el fruto que florece de esta virtud. Sin humildad y sin caridad, la fe permanece estéril.

La humildad prepara el terreno para que la fe eche raíces profundas y se convierta en un árbol fructífero. Para San Benito, la humildad es la condición esencial para que la caridad pueda crecer y desarrollarse. Esta humildad no se cultiva en el vacío, sino en el terreno de nuestra vida cotidiana, y su crecimiento se nutre de la realidad inevitable de la muerte. La humildad nos ayuda a enfrentar y aceptar esta realidad, iluminando el camino hacia una vida de amor y desprendimiento.

En la relación con mi familia, la caridad se manifiesta en el amor y la comprensión que mostramos a nuestros seres queridos. Practicar la humildad en el hogar significa poner las necesidades de los demás antes que las nuestras, crear un ambiente de apoyo mutuo y trabajar juntos para superar las dificultades. Esta actitud de servicio y sacrificio construye un hogar lleno de amor y unidad.

En la escuela, la caridad y la humildad pueden transformar la comunidad educativa. Los maestros que practican la humildad

reconocen sus propias limitaciones y están abiertos a aprender de sus estudiantes. Los estudiantes, al mostrar caridad, se apoyan mutuamente en sus estudios y desafíos personales, fomentando un ambiente de respeto y colaboración.

En el ámbito laboral, la humildad nos permite reconocer el valor de nuestros colegas y colaboradores, creando un entorno donde la cooperación y el respeto mutuo prevalecen. La caridad en el trabajo se manifiesta en la disposición a ayudar, a escuchar y a trabajar en equipo, poniendo el bien común por encima de los intereses individuales.

San Benito nos recuerda que el verdadero desprendimiento, el dejar de lado nuestro egoísmo, es esencial para vivir una vida de caridad. Este desprendimiento no solo nos libera de nuestros propios impedimentos, sino que también nos permite experimentar la verdadera libertad en el amor de Dios. Al alejarnos de nuestro egocentrismo, podemos acercarnos más a Dios y a los demás, participando en el amor infinito de Dios.

La caridad es, en última instancia, la inserción en el amor viviente de Dios. A través de la humildad y el desprendimiento de nosotros mismos, nos unimos más profundamente a Dios y a todos los hombres que Él ama. Este amor universal es posible solo en Dios, quien nos da la fuerza para amar más allá de nuestras limitaciones.

• • •

Subidos finalmente todos estos grados de la humildad, el monje llegará a la caridad de Dios (Capítulo 7)

La humildad no es un fin. Es como la fe: no se cultiva por ella misma, sino con vistas a la caridad.

Humildad y caridad son los dos polos de la fe: la humildad es su raíz, la caridad su fruto. Sin la una y sin la otra, la fe no tiene vida y permanece sin sabia y estéril.

Gracias a los grados de la humildad, el árbol de nuestra fe echa raíces y deviene capaz de ser fecundo. En san Benito la humildad es la condición necesaria de la caridad.

¿Cuál es la tierra en la que se forman y desarrollan las raíces de la humildad? Nosotros lo sabemos: esta tierra es nuestra muerte. Pero no lo sabemos bastante, porque la tendencia paradójica de nuestra naturaleza de apartarse de aquello hacia lo que tiende ineluctablemente es muy grande. Queremos cerrar los ojos ante el hecho de que un día se han de cerrar.

La humildad abre los ojos sobre el camino total de la vida, sobre su término y sobre su camino. Y la iluminación del camino, su sentido primero, procede de su término. La muerte, que nosotros consideramos oscura, es ante todo nuestra luz.

La muerte nos ilumina con su oscuridad: su secreto es indicación; su misterio, revelación. La muerte nos muestra que nuestra vida es desprendimiento, que tiende a algo distinto de ella misma, que debe destrabarse, dejarse a fin de realizarse, de eternizarse (Juan 12, 25). La humildad coloca a la vida en un estado de superación. Es la muerte a sí mismo para dar fruto (Juan 12, 24).

La muerte a sí mismo es la lección que nos enseña nuestra muerte, el camino por el que nos arrastra paso a paso. Y su invitación no nos libra del abismo y de la angustia. Por el contrario, la muerte muestra el único camino de la felicidad, el de amar, que es desprendimiento, distanciamiento de sí mismo, disponibilidad tanto para sufrir como para gozar.

Amor y muerte conllevan la misma realidad: el desprendimiento de sí mismo. No solamente porque el don de sí es oneroso y el olvido de sí un desarraigo, sino sobre todo porque la fuerza del amor hay que sacarla fuera de sí mismo en el amor mismo.

La caridad es la inserción en el amor viviente, el apego a la fuente viva por medio del desprendimiento de sí. Y por este anclaje en Dios, la caridad une a los hombres que Dios ama, es decir, a todos los hombres, puesto que los ama a todos. La caridad es este amor universal, imposible fuera de Dios, pero en el cual Dios ofrece al hombre el poder avanzar y participar así en su propio amor infinito, siempre distante porque jamás es alcanzado: la caridad de Dios (Efesios 3, 19).

El hombre mismo es su propio impedimento para el amor, para la felicidad. Más que por otra traba, por lo que sufre es por su egocentrismo. Vive alienado, encadenado en sus propias cadenas.

La humildad es la puerta de su liberación, de su desprendimiento de sí mismo, gracias al cual puede adelantar y superarse en la caridad.

La humildad, desprendiendo al hombre de sí mismo, lo libera ya por adelantado de su muerte. Y por la muerte a sí mismo en la humildad, la muerte se encuentra cada vez más vencida: el hombre ha penetrado ya con Cristo en el Reino del amor, en la libertad eterna (Juan 5, 24).

Camino Benedictino.

• • •

 *La humildad nos libera de nuestras cadenas internas y nos permite avanzar en el camino del amor y la caridad. Siguiendo la sabiduría de San Benito, podemos transformar nuestras relaciones y comunidades, viviendo en el amor y la libertad que solo Dios puede ofrecer.*

XII

ALEGRÍA: UN CORAZÓN ABIERTO A LA DULZURA DEL AMOR DIVINO

La alegría, como nos enseña San Benito, es una dimensión fundamental de la vida espiritual, que se cultiva a través de la humildad y la caridad. Jesús nos ofrece su alegría, una alegría que es completa y perfecta, y que puede transformar nuestras vidas incluso en medio de las dificultades y desafíos cotidianos.

El hombre moderno a menudo lucha con la idea de la alegría, sintiéndose abrumado por los problemas, las injusticias y las incertidumbres de la vida. Sin embargo, la invitación de Jesús a experimentar su alegría nos ofrece una perspectiva renovada y una esperanza profunda. Esta alegría no es simplemente la ausencia de problemas, sino la presencia de un amor infinito y una paz interior que superan cualquier circunstancia.

Con la familia, cultivar la alegría significa crear un ambiente donde el amor y el apoyo mutuo sean la norma. La alegría en el hogar se encuentra en los pequeños gestos de cariño, en el tiempo compartido y en la disposición a perdonar y a comprender. Los padres pueden enseñar a sus hijos a encontrar la alegría en la gratitud y en la presencia de Dios en cada momento de sus vidas.

En la escuela, la alegría puede transformar la experiencia educativa. Los maestros que enseñan con alegría y entusiasmo inspiran a sus

estudiantes a aprender y a crecer. Los estudiantes que abordan sus estudios con una actitud positiva y una mente abierta descubren que el aprendizaje es una aventura llena de oportunidades y satisfacciones. La alegría en la educación fomenta un ambiente de colaboración y creatividad.

En el entorno laboral, la alegría puede ser un motor poderoso de motivación y productividad. Trabajar con alegría significa encontrar propósito y significado en nuestras tareas diarias, ver nuestro trabajo como una oportunidad para servir a los demás y contribuir al bien común. Los líderes que promueven un ambiente de trabajo positivo y lleno de alegría inspiran a sus equipos a alcanzar su máximo potencial. La alegría de Jesús es un don que nace de su total libertad y entrega al Padre. Es una alegría que no busca recompensa, sino que se ofrece generosamente. Nosotros, al seguir el ejemplo de Jesús, encontramos nuestra alegría al vivir en conformidad con la voluntad de Dios, al amar sin reservas y al servir a los demás con un corazón abierto.

El Espíritu Santo es quien restaura en nosotros la alegría de vivir. Nos invita a experimentar el amor infinito de Dios y a compartir este amor con nuestros hermanos y hermanas. Nuestra alegría se completa en la comunión con Dios y con los demás, una comunión que se vive plenamente en la Eucaristía, el sacramento de la unidad y del amor perfecto.

• • •

Jesús nos ofrece su alegría además de su paz (Juan 15, 11).

Pero el hombre de nuestro tiempo piensa que la alegría no es posible ni incluso razonable. Su condición de hombre, amenazado por duelos y cataclismos, por injusticias y taras, lo sumerge en la angustia, la desesperación o la rebelión.

¿Qué palabra, sin embargo, podría decir tanto al hombre -y que tanto le valiera- como esta invitación a la alegría de Dios para que sea «la nuestra» y «perfecta» en nosotros?... La alegría de Jesús nos interroga.

La alegría de Jesús es su salario, la retribución de su total libertad, adquirida gracias a su plena y gratuita donación, sin sombra de reticencia alguna, ni de vuelta sobre sí mismo. Nace en él de la conformidad lúcida y siempre atenta a la voluntad del Padre.

A nosotros nos cuesta librarnos de una concepción autoritaria e inflexible de la voluntad del Padre hasta que no entramos en la contemplación del corazón libre de Cristo, que, en su amor perfecto, se adelanta siempre a los deseos de su Padre. La alegría de Cristo es inventar su amor en todo instante por medio de un impulso, un fervor, un entusiasmo tales que siempre tengan para el Padre la frescura de una sorpresa, de una delicadeza exquisita, de una complacencia sobreabundante (Juan 10, 17-18).

La alegría de Cristo es entregarse sin medida, sin contrapartida, sin esperar recompensa. Es ganar únicamente para los demás y empobrecerse por ellos hasta perderse a sí mismo como alimento, como una fuente inagotable. La alegría de Cristo es ser una fuente en el Espíritu, alimento de comunión, de reconciliación uni-versal, de amor. Nuestra alegría es llegar a ser con él esta misma fuente de amor que brota del seno del Padre (Juan 4, 14 y 2 Corintios 5, 17-18).

En el principio de nuestra alegría se inscribe nuestro bautismo, fusión y reconciliación inaugurales con Dios y con nuestros hermanos. El papel de la contemplación es remontar a esta fuente bautismal, a menudo oculta en la inconsciencia de la infancia. La Eucaristía, al reiterar esta fusión y perfeccionarla, nos manifiesta la actualidad renovada del amor de Dios, entregado para salvarnos y unirnos a todos. Y el don del Espíritu, menos significado pero reactualizado sin cesar a nuestro gusto en la Escritura y en los Sacramentos, nos rememora esencialmente la eucaristía a fin de introducirnos en ella.

Con demasiada frecuencia nos referimos al Espíritu como a un distraído o un ausente, cuando la ausencia y la distracción son cosa nuestra. De él es particularmente verdadero que no le buscaríamos si no le hubiéramos encontrado. Presente bajo todas las «especies» diversas de nuestra vida, el Espíritu es desconocido porque vive y actúa en lo más íntimo de nosotros, de tal forma discreto y respetuoso con nuestra libertad que a menudo confundimos su acción con la nuestra y nos la apropiamos.

El Espíritu quiere que nos la apropiemos. El quiere hacer algo más que tigar: quiere realizarnos a nosotros mismos de la única forma posible, en el cuerpo de Cristo. El Espíritu nos lleva en sí como una madre al niño que va a nacer, para hacernos renacer en la perfección del amor, en la muerte y resurrección de Cristo. Nuestra alegría es vivir ya desde ahora este renacimiento desde el seno del Espíritu (Juan 3, 5 y Romanos 8, 14 s.).

Si el hombre no estuviera hecho para la felicidad, no existiría la desgracia. Con su angustia y sus gemidos, el hombre está gritando el escándalo de su desgracia. Protesta de su fe inextinguible, da

testimonio de su vocación irreprimible a la vida feliz. Es precisamente en su alegría de vivir donde el hombre es atacado cada vez.

El Espíritu viene a restaurar la alegría de vivir. Nos da la alegría de encontrar en el don de Cristo el amor infinito de Dios y, al mismo tiempo, el amor de todos nuestros hermanos. Nuestra «alegría completa» es una comunión (1 Juan 1, 3-4).

Quien contempla y canta la eucaristía desde el Espíritu, contempla y canta la maravilla de las maravillas de Dios, que hace la «alegría perfecta» del hombre. Nuestra alegría de vivir parte de la misma alegría de Cristo, es eucarística.

Camino Benedictino.

• • •

 *La alegría, alimentada por la fe y la caridad, nos abre a una vida más plena y significativa. Siguiendo la sabiduría de San Benito y el ejemplo de Jesús, podemos vivir con un corazón dilatado por la dulzura del amor divino, experimentando una alegría que es verdaderamente inenarrable y eterna.*

XIII

ORACIÓN: ENCUENTRO TRANSFORMADOR CON LA DIVINA GRACIA

San Benito, aunque dedica muchos capítulos de su Regla al Oficio Divino, no deja de subrayar la importancia de la oración constante y personal. La liturgia y la oración no se sustituyen entre sí, sino que se complementan, creando un espacio sagrado donde el alma puede experimentar la presencia divina de manera profunda y significativa.

En nuestra vida cotidiana, ya sea en el ámbito familiar, escolar o laboral, la práctica de la oración puede transformar nuestras relaciones y nuestras actividades diarias. La oración no es solo un acto ritual, sino una entrada en el mundo interior e invisible de la fe, donde nos encontramos cara a cara con la realidad divina.

En el hogar, la oración puede fortalecer los lazos familiares, proporcionando un momento de calma y reflexión en medio de las actividades diarias. Orar juntos como familia fomenta un sentido de unidad y propósito compartido, ayudándonos a enfrentar los desafíos con un espíritu de amor y cooperación. La oración personal, por otro lado, permite a cada miembro de la familia desarrollar una relación íntima con Dios, encontrando en Él guía y consuelo.

En la escuela, la oración puede ser una fuente de fortaleza y claridad tanto para estudiantes como para maestros. Comenzar el día escolar con una oración puede centrar la atención y preparar el corazón para el aprendizaje y la enseñanza. La oración ayuda a los estudiantes a desarrollar una conciencia de la presencia divina en sus vidas, fomentando valores como la gratitud, la paciencia y la perseverancia. Para los maestros, la oración puede ser un momento de renovación, recordándoles la importancia de su vocación y guiándolos en su labor educativa.

En el trabajo, la oración puede ser una práctica que infunda nuestras tareas con un sentido de propósito y dedicación. Tomarse unos momentos para orar antes de comenzar el día laboral puede establecer una intención clara y positiva, invitando a la presencia de Dios a guiar nuestras acciones y decisiones. La oración en el entorno laboral también puede fomentar un ambiente de respeto y colaboración, recordándonos que nuestras acciones tienen un impacto en los demás y que estamos llamados a trabajar con integridad y compasión.

La oración es el acto de sumergirse en la presencia de Dios, donde nuestra alma se encuentra llamada y amada de una manera única y personal. Este encuentro con Dios no es solo un ritual, sino una experiencia viva y renovadora que nos transforma desde dentro. La verdadera oración nos libera del egocentrismo y nos lleva a un don total de nosotros mismos, emulando el amor sacrificado de Cristo.

• • •

Que se prolongue por un afecto de la inspiración de la divina gracia
(Capítulo 20)

San Benito dedica trece capítulos al Oficio; ninguno a la oración. Pero la Regla entera estimula al monje a que ejercite incesantemente la presencia divina.

La liturgia no reemplaza a la oración, así como la oración no reemplaza a la liturgia. Esta es el medio privilegiado del don de Dios y del don de nosotros mismos, el lugar del encuentro. Pero la oración prepara este don mutuo o lo prolonga, y da al alma el tiempo y la libertad para conocer, a gusto, a aquél a quien se recibe, aquello que se da y a aquél a quien se da.

Una liturgia viva requiere oración tanto antes como después, y una oración regular.

Hacer oración es entrar en el mundo interior e invisible de las realidades de la fe. Y la primera afirmación de la fe es la realidad misma de este mundo invisible. Lo visible es únicamente la corteza; la oración penetra hasta el corazón: horada en la espesura, excava en el misterio, avanza a ciegas hacia la más viva conciencia de la Presencia divina.

Esta Presencia es la gran realidad. La oración tiene por fin situarnos con relación a ella y en el interior de ella, hacernos ocupar, de manera exacta, nuestro lugar particular en su campo. Se trata de pasar desde la periferia limitada de este mundo a aquél, central e infinito, de lo sobrenatural, de abandonar el sueño de nuestra alma o su agitación en la dispersión para que despierte plena y pacíficamente en la luz más deslumbrante.

Y esta presencia del Señor no es menos personal que la nuestra. Cuando nos disponemos a afrontarla, es para realizar el encuentro

especialísimo de nuestra persona con la suya, y esto hasta la fusión. «Estar en su presencia» significa precisamente que uno se hunde y permanece efectivamente en ella.

Cada oveja tiene su propio nombre para el Pastor. La oración es el momento en que el alma se siente llamada por su Señor, y se siente amada por él, amada por ella misma, de una manera absolutamente original y superior. En respuesta, cada oveja llama a su Pastor de una manera única y personal en la oración, hasta el punto de que el nombre divino en nuestra boca tiene para nuestro Señor un valor y un sello muy particulares.

La oración es el intercambio de llamadas en las que cada uno vierte, cristaliza, condensa en el nombre del «otro» toda la complacencia de su ser profundo.

Así, no solamente el Señor presente lo está en persona, como en sí mismo, sino que lo está para nosotros, con la mirada y la fuerza de un amor cada vez único, según cada uno y según cada momento. El encuentro de la oración es siempre nuevo como el contacto de dos espontaneidades, de dos libertades, de dos amores bien vivos, es decir, nuevos como el primer día.

Pero es preciso además que nuestro amor en la oración sea auténtico. El deseo de saborear egoístamente al Señor hay que excluirlo como si fuera una sed mala. El egocentrismo puede llegar hasta a incitarnos a cerrar los brazos sobre nuestro bien. El crucificado con los brazos fijos, pero abiertos, es el símbolo del amor verdadero.

El amor verdadero no se complace en la posesión, sino en el don. No se trata de poner a Dios a nuestro lado, sino de echarnos nosotros al suyo,

de pasar incesantemente de la complacencia en sí mismo a la complacencia misma de nuestro Padre, de darse hasta perderse -en la medida de lo posible- en el Tú divino. La alegría nace de este don sin devolución, mientras que el retorno sobre sí mismo no es más que placer, y pierde el amor.

En la oración y en la liturgia el Señor se da a nosotros como alimento, pero es él quien, por ese mismo hecho, nos absorbe. La oración es una comunión espiritual.

Camino Benedictino.

• • •



La oración, alimentada por la Gracia Divina, nos ayuda a vivir con mayor amor, paz y alegría. Siguiendo la sabiduría de San Benito, podemos hacer de la oración una práctica constante y significativa, que ilumine y transforme todas nuestras actividades y relaciones.

XIV

MUERTE: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA VIDA Y LA ETERNIDAD

San Benito nos invita a tener la muerte ante los ojos todos los días, recordándonos que nuestra vida corre hacia su fin de manera constante e inevitable. Esta perspectiva, aunque difícil de enfrentar, puede transformar profundamente nuestra forma de vivir.

La vida, como un río que fluye hacia el mar, se mueve incesantemente hacia la muerte. El tiempo, con su avance imparable, nos recuerda continuamente nuestra mortalidad. Esta realidad puede ser fuente de angustia, llevando al hombre a buscar distracciones o seguridades temporales para evitar pensar en la muerte. Sin embargo, esta evasión puede resultar en una vida superficial y truncada, alejada de su verdadero propósito.

En el ambiente familiar, recordar la inevitabilidad de la muerte puede motivarnos a valorar más profundamente el tiempo que pasamos con nuestros seres queridos. Nos impulsa a vivir con gratitud, a resolver conflictos con prontitud y a cultivar relaciones de amor y comprensión. Al entender que nuestra existencia es finita, podemos apreciar cada momento y fortalecer nuestros lazos familiares con actos de bondad y generosidad.

En la escuela, tanto estudiantes como educadores pueden beneficiarse de una reflexión sobre la muerte. Los estudiantes pueden ser alentados

a aprovechar al máximo sus oportunidades de aprendizaje, entendiendo que su tiempo es limitado y valioso. Los educadores, por su parte, pueden encontrar un propósito renovado en su vocación, viendo su labor como una contribución significativa al desarrollo integral de sus alumnos, preparando no solo mentes, sino también corazones para enfrentar la vida y la muerte con sabiduría.

En el ámbito laboral, esta conciencia puede transformar nuestra actitud hacia el trabajo. En lugar de verlo solo como una obligación, podemos encontrar en nuestras tareas diarias una oportunidad para dejar un legado positivo. La comprensión de nuestra mortalidad nos puede impulsar a trabajar con mayor integridad y propósito, creando un ambiente de colaboración y respeto mutuo.

La fe cristiana nos ofrece una visión esperanzadora sobre la muerte. Jesús, al asumir la muerte y resucitar, nos muestra que la muerte no es el final, sino una transición hacia la vida eterna. Esta perspectiva cambia radicalmente el significado de la muerte, transformándola de una pérdida a una ganancia. En Cristo, la muerte se convierte en un signo de vida, una invitación a participar en la vida divina.

Al contemplar la muerte desde la fe, encontramos una fuente de esperanza y fortaleza. Cristo ha metamorfoseado la muerte, dándole un nuevo significado. Más que un final, es una puerta hacia una existencia plena en la presencia de Dios. Esta comprensión nos ayuda a vivir con mayor serenidad y propósito, sabiendo que nuestra verdadera vocación trasciende esta vida temporal.

• • •

Tener todos los días, ante los ojos, la muerte (Capítulo 4)

Nuestra vida corre hacia la muerte como el río hacia el mar. Incesantemente, necesariamente, irreversiblemente.

En el paso del tiempo, el hombre ve el anuncio de su muerte, su recuerdo constante, su promesa inexorable.

El tiempo irreversible es como una muerte continua, una sucesión indefinida de muertes.

El tiempo que pasa no es más que un plazo ganado, un seguro provisional, una victoria sin mañana. La muerte llegará al hombre cuando caiga sobre su cuello la espada con la que el tiempo nos amenaza. En el seno del tiempo, y por medio de él, el hombre sabe que es un condenado a muerte.

Consciente de la certeza de su muerte, el hombre conoce la angustia. Su vida sabe a muerte y este sabor es el más amargo. Entonces el hombre, para librarse, se entrega a los mil juegos terrestres propios para aturdirle o a la búsqueda tranquilizante de las seguridades de su supervivencia.

Bajo pretexto de amar la vida, se aparta de la muerte, y huye del enfrentamiento con ella. Pero la vida de la que se expulsa a la muerte es una vida falsa, una vida truncada. Ciego acerca de su muerte, el hombre huye ante su vida.

La religión puede ser esta huida, del mismo tipo que la droga. Así se acusa a la fe de disfrazar a la muerte y su aspecto trágico con la perspectiva de una vida mejor, injertada sobre la muerte misma. La

ligereza del creyente -dogmático o ingenuo puede a veces avalar este juicio. Pero la fe en sí misma no lo hace.

La fe del cristiano no se ciega con la muerte. Al contrario, quiere abrir los ojos a la clarividencia mayor que sea posible.

El trágico absurdo de la muerte explota cotidianamente en todos los puntos del planeta con su cortejo de sufrimientos. Pero jamás lo hará en la medida de la muerte del dueño de la vida! Para los ojos de la fe, ninguna muerte puede ser más horrible, más injusta, ninguna menos imaginable. La muerte de Jesús es la abominación inigualable, el escándalo insuperable. A este respecto es la más inaceptable, la más «increíble» de las muertes. Lo intolerable de la muerte, su sentido cruel se toma sencillamente, se puede decir exclusivamente, del sentido del crucificado.

Pero esta muerte es también victoria, porque está unida a la resurrección. Esta ha revelado a aquélla, ha desvelado otra dimensión de la muerte, un perfil distinto del temporal: su perfil de eternidad, perfil que funda nuestra esperanza.

Nos cuesta mirar de frente a la muerte, porque aquí abajo no vemos más que su perfil temporal. Pero el hombre sensato, insatisfecho de un porvenir sin porvenir, ¿no busca otra perspectiva? Cuando el hombre hace de la nada su fe, ¿puede hacer de ella su esperanza?... El deseo de la nada no es razonable más que en un desesperado. La nada es la esperanza del desesperado.

Pero Cristo ha asumido la muerte. Si no la ha suprimido, al menos la ha metamorfoseado (1 Corintios 15, 51). Ha cambiado su signo, lo ha invertido: en él la muerte ha llegado a ser signo de vida.

En nuestra muerte Dios nos invita a venir a vivir su propia vida. Más que nuestra pasión, la muerte es nuestra vocación. Más que una pérdida, es una ganancia (Filipenses 1, 21). La letra de nuestra muerte hay que tomarla del espíritu de Cristo, su Espíritu «que habita en nosotros» por nuestra resurrección (Romanos 8, 11).

Camino Benedictino.

• • •



Podemos transformar nuestras relaciones y actividades, llenándolas de amor, gratitud y propósito. Conociendo la sabiduría de San Benito, podemos enfrentar la vida y la muerte con una fe que ilumina nuestro camino y nos lleva a una comunión más profunda con Dios y con los demás.

¿POR QUÉ 14 TEMAS?

La decisión de abordar cada uno de estos temas en 14 capítulos tiene una profunda resonancia espiritual y simbólica dentro de la tradición católica.

Aquí se presentan algunas reflexiones sobre por qué 14 temas son suficientes y necesarios para una comprensión completa de cada tema propuesto:

1. **Significado Bíblico:** El número 14 tiene una fuerte presencia en la Biblia. Por ejemplo, el evangelio de Mateo divide la genealogía de Jesús en tres grupos de 14 generaciones (Mateo 1,17). Esto no solo refleja orden y propósito divino, sino que también subraya la plenitud y la perfección en los planes de Dios.
2. **Profundidad y Completitud:** Dividir los temas en 14 capítulos permite una exploración profunda y completa de cada aspecto. Cada capítulo puede abordar una dimensión única del tema, ofreciendo una visión integral y equilibrada. Esto asegura que no se pase por alto ningún detalle importante, proporcionando una formación sólida y bien fundamentada.
3. **Simbolismo Espiritual:** El número 14 también puede verse como el doble de 7, que es un número de perfección espiritual en la Biblia. Por tanto, 14 puede representar una doble perfección o plenitud, sugiriendo que estos temas se abordan de manera exhaustiva y completa, reflejando una profundidad espiritual que va más allá de lo superficial.
4. **Practicidad y Estructura:** Desde una perspectiva práctica, 14 capítulos permiten una estructura clara y manejable tanto para los autores como para los lectores. Este formato facilita el seguimiento y la asimilación de la información, permitiendo a los lectores estudiar y reflexionar sobre cada tema de manera ordenada y progresiva.

Maynor Marino Mijangos

Udefe.com

